

EDITORIAL

CUBA 86

En una reciente revisión de la investigación educativa actualmente en curso (ver página 65 de este mismo número), Wayne W. Welch incluye entre las líneas de investigación más prometedoras aquellas que se refieren a las influencias ambientales (hogar, escuela y aula) en el proceso enseñanza/aprendizaje.

El clima escolar, el ambiente familiar y el clima del aula aparecen, según el estudio de Welch, entre las siete áreas prioritarias para el desarrollo de la investigación en la didáctica de las ciencias, junto con otras líneas con las que indudablemente se relacionan, como son los estudios sobre las actitudes de los alumnos y sobre su comportamiento durante el aprendizaje. Los resultados obtenidos por la creciente investigación en estos campos revelan, efectivamente, la influencia determinante de los factores ambientales.

No resulta difícil comprender dicha influencia, tanto en el aprendizaje de las ciencias —al que se limita el trabajo de Welch— como en todo el proceso educativo. Y desde este editorial hacemos nuestras sus conclusiones sobre el carácter prioritario que estas investigaciones merecen. Pero quisiéramos añadir algo más a este respecto, fruto de reflexiones y sugerencias generadas por la asistencia al congreso *Pedagogía '86*, celebrado en la Habana, Cuba, del 27 al 31 de enero con asistencia de 3.500 congresistas de toda Latinoamérica.

No es nuestro objeto entrar aquí en el contenido del congreso ni en las perspectivas abiertas de colaboración con los compañeros cubanos encargados de la formación del profesorado de ciencias y de la investigación didáctica en este campo. Intentaremos reflejar muy someramente hasta qué punto la experiencia cubana apoya las consideraciones de Welch sobre la importancia en la educación de los factores ambientales. Y ello no sólo por lo que se refiere al hogar, escuela y aula, como apunta Welch, sino también al propio clima social, es decir, al ambiente general de la colectividad que, en gran medida, condiciona a los tres factores más particulares citados por Welch. Y esto es lo que de forma muy clara hemos podido percibir en Cuba. Por encima de aciertos espectaculares y carencias notorias, hemos podido constatar que el pueblo cubano ha creído y sigue creyendo en la educación como inversión prioritaria, no sólo para salir del subdesarrollo, sino, ante todo, «para alcanzar mayores cotas de libertad y felicidad».

No es necesario referirse, para ejemplificar este clima, a la ya mítica campaña de alfabetización en la que todo un pueblo se volcó hace 25 años; ni a la campaña «del 6º grado», ya terminada con éxito, destinada a que todos los cubanos tuvieran los estudios correspondientes a nuestros alumnos de 12-13 años: hoy la tensión colectiva continúa y se enriquece. Permítasenos citar sólo tres hechos:

En primer lugar está en pleno desarrollo la campaña del 9º grado, por la que se pretende que *todos* los cubanos lleguen a tener los estudios equivalentes a los de nuestros alumnos de Enseñanza Media de 15-16 años, dando para ello facilidades muy concretas en lo que se refiere al horario laboral.

En segundo lugar, el sistema educativo cubano cuenta ya con un «excedente» de 10.000 maestros y se pretende llegar pronto a los 40.000, con el objeto de facilitar al máximo el proceso de perfeccionamiento continuo de todo el profesorado. Baste decir al respecto que más de la mitad de los maestros en ejercicio han podido iniciar estudios de licenciatura y que el proceso continúa aceleradamente con la perspectiva de completarse en pocos años. Para ello el maestro goza de un día libre a la semana y de 10 horas semanales de la permanencia en el centro para su preparación. Además, durante su último año de estudios, queda totalmente liberado del trabajo docente. Y otro ejemplo: todo el profesorado de ciencias de enseñanza media ha pasado recientemente, en un proceso que ha durado tres años, por cursos de perfeccionamiento de un mes de duración en régimen de seminternado, durante, por supuesto, el periodo escolar. De esta forma el «excedente» de profesores no se traduce en paro, sino en la posibilidad de que todo el profesorado trabaje y se perfeccione a la vez.

En tercer lugar nos limitaremos a hacer una sola pregunta: ¿Se imagina alguien en nuestro país, o en Inglaterra o en Francia, al Presidente del Gobierno encargándose de la clausura de un congreso de educación, no en forma de presencia protocolaria, sino mediante un detenido recorrido por los problemas, los objetivos, los éxitos y los errores? ¿Se imagina alguien a ese Presidente del Gobierno hablando (no leyendo) cerca de dos horas sobre el tema, mientras el acto es retransmitido en directo por televisión a todo el país, un viernes por la noche? Esa ha sido, sin embargo, nuestra experiencia. No debe, pues, extrañar que en Cuba exista hoy una tensión por el desarrollo y la mejora de la educación que alcanza a toda la sociedad y se traduce en cotas bajísimas de fracaso escolar.